

“El banquete nupcial está preparado, pero los invitados no eran dignos de él”

San Mateo 22, 1-14:

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

¡DIOS ES REALMENTE GRANDE Y ENORMEMENTE GENEROSO!

En la primera lectura leemos: “El Señor de los ejércitos ofrecerá a todos los pueblos sobre esta montaña un banquete de manjares suculentos, un banquete de vinos añejados, de manjares suculentos, medulosos, de vinos añejados, decantados”. Y en el evangelio: “Jesús habló en parábolas diciendo: El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba las bodas de su hijo”.

La Palabra de este domingo se centra en los banquetes (cf también el salmo responsorial). La Iglesia nos ofrece datos y noticias de banquetes extraordinarios organizados por personajes importantes: el señor de los ejércitos (primera lectura) o un rey (evangelio). Cuentan con un programa detallado: se trata de un banquete que tendrá lugar en Jerusalén (primera lectura) o de otro, con ocasión de unas bodas reales, que se celebrará en una casa grandiosa (evangelio). Y un menú: excelente y exquisito en ambos casos: manjares suculentos y vinos añejados (primera lectura), los mejores terneros animales, (evangelio). Los invitados al convite son agasajados espléndidamente por los anfitriones. Invitados: todos los pueblos, sean muchos o pocos, todos los que se encuentren en las encrucijadas, sean hombres o mujeres.

Tanto en la primera lectura como en la parábola del evangelio (el invitado sin vestido), los comensales invitados al banquete se han debido preparar responsable y concienzudamente. El invitado, sorprendido sin traje de boda, no lo ha revestido el rey, como era costumbre en Oriente, sino que se lo ha ofrecido para que honre a todos los comensales.

No podemos y no debemos comportarnos como los ingratos invitados al banquete que respondieron hostilmente al rey, incluso maltratando y matando los servidores, ni tampoco como el comensal que no quiso vestirse de fiesta. Hagamos nuestros los sentimientos del salmo 22 y prolonguemos el momento del banquete “en la casa del Señor por un gran número de días”. ¡Dios es realmente grande y enormemente generoso!

ORACION

Tú, que quieres que vencamos el mal con el bien y que oremos por quienes nos persiguen, apiádate, Señor, de mis enemigos y de mí y condúcenos a tu celestial Reino. Tú, que agradeces las oraciones de tus siervos, que pidamos unos por otros, recuerda tu gran benevolencia y apiádate de nosotros, Señor, de quienes tenemos presentes a los demás en nuestras oraciones, ellos en las

suyas y yo en las mías. Tú, que ves la buena voluntad y las obras buenas, recuerda, Señor, a quienes por cualquier razón, por pequeña que sea, no dedican tiempo a la oración. Apiádate de quienes padecen extrema necesidad, socórrelos, Señor. Apiádate de nosotros, de ellos y de mí, Piedad.

Recuerda, Señor, a los niños, a los adultos y a los jóvenes, a los ancianos y a los venerables, a los hambrientos, a los sedientos y a los desnudos, a los prisioneros y a los extranjeros, a los que no tienen ni amigos ni sepulturas, a los delicados ya los enfermos, a los posesos, a los propensos al suicidio, a los atormentados, a los desesperados y a los confusos, a los débiles, a los afligidos y a los apesadumbrados, a los condenados a muerte, a los huérfanos, a las viudas, a los vagabundos, a las parturientas y a los niños de pecho, a los que se arrastran esclavizados en las minas, en las cárceles o en soledad (Lancelot Andrewes, en *Lepregchiere deii'umanita*, Brescia 1993).